A propósito de las escrituras mediterráneas

POR EMILIO PERUZZI

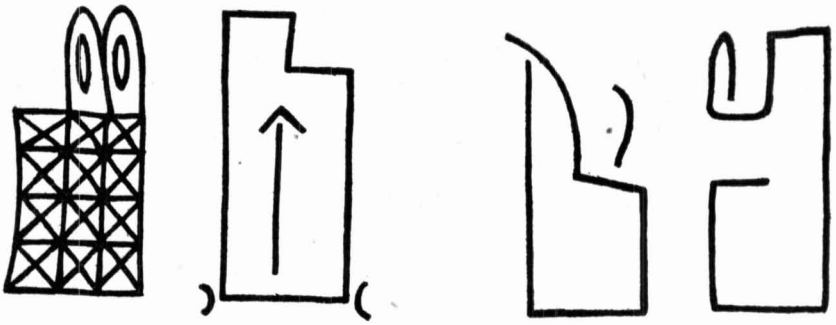
Como me propongo estudiar en los próximos números de esta revista muchos problemas concernientes a las escrituras del Mediterráneo, quiero esbozar en este ensayo de introducción mis ideas fundamentales sobre esta cuestión.

En mi artículo «Problemi grafici indo-mediterranei preindoeuropei», aparecido en los «Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa», Lettere, Storia e Filosofia, Serie II, vol. X, 1-2, Pisa 1941, págs. 120 y sigs., emití ya una hipótesis, que es ciertamente muy seductora y que, a mi juicio, no tiene nada de improbable. Se ha comprobado ya una gran cantidad de conexiones entre los diferentes sistemas gráficos del mundo mediterráneo preindoeuropeo, y aunque se trata de conexiones que en gran número de casos no son simples coincidencias, también es cierto no es posible todavía establecer su naturaleza. He admitido, pues, que estas escrituras, por ejemplo : los signos cretenses, los de Phaistos y de Archolochori, los jeroglíficos hititas, los pictogramas protoindios de Mohenjo-Daro y de Harappā, la escritura silábica prealfabética etrusca,[1] etc., no sean más que los eslabones supervivientes de una larga cadena de sistemas gráficos, que se extendió desde una fuente común por toda la cuenca del Mediterráneo y que sin duda experimentó la contaminación de otras grafías de diferente origen y, con mayor razón, las modificaciones procedentes del contacto de estos mismos sistemas gráficos y de sus evoluciones. Precisamente por esto he recomendado la comparación entre estas escrituras siempre que se encauce de forma sistemática y prudente, sin servirse de ella para fines hermenéuticos.

Mi tesis, a fin de cuentas, no es más que el desarrollo de las hipótesis emitidas, por ejemplo por Langdon y Hunter, acerca del parentesco de

1. Véase, sobre esta cuestión, el informe que dió sobre mi estudio G. BUONAMICI, *Studi Etruschi*, XV, Florencia, 1941, págs. 382-383.

los pictogramas protoindios[1] (hay que citar también las ideas de Heras[2] y de von Hevesy[3] sobre la misma cuestión) y concuerda perfectamente bien con lo que escribía recientemente un apreciado lingüista italiano, Vittore Pisani : «en el cuarto milenio a J. C. una vasta zona del territorio que se extendía desde Egipto a través de Palestina, Asia Menor, Mesopotamia y Persia meridional hasta la India septentrional, y que tenía sus ramificaciones por todo el Mediterráneo, poseía una civilización floreciente cuyos centros más importantes se desarrollaron alrededor de los grandes ríos Nilo,



Boghazköi Ankara Creta (escrituras lineares)

Algunos tipos característicos de los pictogramas tratados en este artículo

Tigris y Eufrates, Indo, por lo menos por lo que conocemos hasta ahora. Si se piensa que las regiones de la Persia y del Beluchistán eran ricas en agua hasta el cuarto milenio a J. C. y que el proceso de disminución de lluvias que las redujo poco a poco a la aridez más completa se produjo solamente más tarde, se puede llegar a la conclusión de que hubo una unidad fundamental de territorio, constituído y limitado por unas zonas desiertas y montañosas o por el océano. Aquí la población «subaréenne», lo mismo que las otras, había alcanzado un alto grado de cultura con carácter esencialmente agrícola, cuyo producto más notable está representado, según mi opinión, por la escritura pictográfica; tal es por ejemplo la de Mohenjo-Daro, la de los jeroglíficos hititas y de las antiguas inscripciones cretenses (entre las cuales el disco de Phaistos es particularmente notable), los caracteres indígenas de Chipre, y, por último, los jeroglíficos egipcios y la escritura de la que se desarrolló la cuneiforme.»[4]

Todo esto puede ser muy cierto, pero queda siempre abstracto y me interesa poner en evidencia la necesidad de darle unos fundamentos sólidos.

1. Resumidas en el excelente trabajo de D. DIRINGER, *L'alfabeto nella storia della civiltá*, Florencia, 1937, págs. 141 y sigs.
2. V. *The Origin of the Sumerian Writing*, extr. del *Journal of the University of Bombay*, VII, 1 julio 1938, págs. 1 y sigs.
3. V. D. DIRINGER, *op. cit.*, pág. 205, nota 19.
4. *Scritti in onore di A. Trombetti*, Milán 1938, págs. 202-203.

Aún si no se quiere tomar en consideración el hecho de que esta teoría puede encontrar su apoyo en los datos arqueológicos, lo que por otra parte no tendría lugar en este esbozo, creo poder demostrar otro método que nos permitirá trabajar de forma más concreta y satisfactoria.

Me reservo su aplicación a algunos problemas en los próximos artículos y en este esbozo de introducción me limito a dar un ejemplo.

Me interesa afirmar una vez más que las semejanzas externas de dos escrituras, aunque estén presentadas sistemáticamente, no constituyen de ningún modo una prueba de afinidad. Será, pues, necesario ver si es posible encontrar un apoyo en las circunstancias históricas, culturales, etc., que son frecuentemente desatendidas, siendo así que la semejanza externa no constituye más que un indicio.

Vemos, por ejemplo, que en la escritura jeroglífica hitita hay un ideograma con el valor de «estela, altar» et similia, que, según la opinión de Sundwall[1] sería el altar del príncipe, que habría servido para celebrar el culto a los muertos : su valor fonético ya conocido es *wanai*, *wanaī* (plurale tantum, quizá también con la forma *wanos* para el singular), y puede compararse al lidio *vanaś* «caverna sepulcral» admitiendo una ligera evolución semántica «altar, estela conmemorativa» < «*lugar o monumento sagrado» > «caverna sepulcral» et similia.

En las escrituras cretenses lineales hay un pictograma bastante parecido, y Sundwall recuerda la palabra Fάναξ, sin duda prehelénica y con un carácter religioso particular, y añade : «Si el rey y ministro del culto tenía en Creta la denominación de Fάναξ y este título estaba indicado por los signos susodichos «trono y cetro», que en la escritura hitita tienen el valor fonético *wana*, una conexión no estaría lejos. La forma griega sería pues una derivación sufija en *-k* e indicaba el príncipe que presentaba las ofrendas en el culto de los muertos. Una relación entre Creta y la más antigua población de Asia Menor me parece fuera de dudas, y se trataría, pues, de conexiones solamente culturales y religiosas o directamente étnicas».[2]

Recuerdo aquí sobre esta cuestión dos importantes tipos de inscripciones que se pueden leer sobre dos vasos encontrados por Keramopulos en el Kadmeion, el antiguo palacio de Tebas, según la lectura de Persson:[3]

Ku-te-me-se | va-na | te-i-vo-e «Kutmes Fάναξ; Θήβαι»
si-ka- | va-na | go-lo-ke «Σίκας Fάναξ; Goloke»

1. *Altkretische Urkundenstudien*, Acta Academiae Aboensis, Humaniora X, 2 Åbo 1 936, págs. 42-43.
2. *Op. cit.*, pág. 43.
3. *Schrift und Sprache in Alt-Kreta*, Uppsala Universitets Årsskrift, 1930, Program 3, páginas 28-29.

La palabra *vana* sería, pues, una abreviatura como *pasi* «βασι [λεύς]» en las antiguas monedas de Chipre o quizá la palabra completa; cfr. la bilingüe de Amathus que tiene *aratovanakas*, traducido «Αριστωνακτος», y cfr. también las numerosas formas onomásticas de Asia Menor, como por ejemplo Ουανι, Ουαναλις, Βαναλις, etc.

Se puede suponer, pues, con razón, que el rey minoico llevaba el nombre de **vana* o **vanake*, lo que implicaba particulares poderes religiosos, y que los dos signos considerados están en relación.[1]

1. Otras observaciones a propósito de **vana*, lo mismo que una contribución a la interpretación de los textos minoicos, se encuentra en un artículo que va a publicarse en los «Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa».